

¿Cognición social sin atribución psicológica? Una propuesta enactiva

Federico Burdman

Dentro del cognitivismo ortodoxo, el intento por comprender nuestras capacidades de cognición social estuvo centrado durante años en el debate entre dos grupos principales de teorías. Por un lado, la llamada *teoría de la teoría* planteó que nuestra capacidad para atribuir estados mentales a los demás es el reflejo de nuestro manejo de una teoría general acerca de la conducta de las personas, teoría cuyas leyes aplicamos a situaciones particulares para explicar y predecir la conducta de los individuos en contextos determinados. En contraposición, los defensores de la *teoría de la simulación* propusieron la hipótesis de que nuestra capacidad para atribuir estados mentales a los demás es el reflejo de una habilidad de ‘simulación’ de los estados de los demás, proceso mediante el cual evaluamos qué sucedería con nosotros mismos si estuviésemos en tales condiciones, utilizando luego esta simulación para explicar y predecir la conducta de los demás. Sin embargo, a pesar de que tal discusión se presentó con frecuencia como un debate entre dos enfoques fundamentalmente diferentes, eso sirvió al mismo tiempo para oscurecer hasta qué punto ambos grupos de teorías compartían una serie de supuestos y definiciones filosóficamente fundamentales en su concepción misma del fenómeno a explicar. En particular, todo el debate clásico dentro del campo cognitivista fue construido sobre alguna versión del supuesto de que lo que hacemos en nuestra práctica cotidiana es atribuir estados mentales a los demás para explicar y predecir su conducta, que es conceptualizada como *opaca* en un sentido fundamental; correlativamente, lo mental es visto como algo que debe ser hipotetizado o desentrañado a partir de los signos observables disponibles.

En contraste, en años recientes han proliferado intentos por construir una alternativa que difiera de esas posiciones ortodoxas no sólo en sus principios explicativos sino en su orientación filosófica fundamental. El presente capítulo se centrará en uno de ellos: la teoría sobre la *construcción participativa de sentido* propuesta por Hanne De Jaegher y Ezequiel Di Paolo (2007, entre otros). Montada sobre las ideas básicas del enactivismo para el estudio de la cognición, la propuesta de De Jaegher y Di Paolo pretende ofrecer un modo corporizado de pensar nuestra manera de relacionarnos con los demás, poniendo en primer plano la dinámica de la coordinación y la interacción social antes que las estrategias de postulación y atribución de estados mentales más usuales en las opciones cognitivistas tradicionales. Las características de este planteo harán necesario que en primer lugar nos detengamos brevemente en el análisis de los rasgos centrales del enactivismo y su hipótesis de la continuidad mente-vida. En la última sección, a modo de conclusión, presentaremos algunos puntos de discusión en torno a la propuesta enactivista.

1. El enactivismo como marco teórico

Si bien muchas de sus líneas centrales se encuentran todavía en desarrollo, el enactivismo es uno de los proyectos de investigación que suponen una ruptura más radical con la visión ortodoxa de lo mental. Se trata de un enfoque que podemos pensar como *naturalista*, en cuanto busca anclar la intencionalidad, el sentido y el valor en procesos biológicamente básicos. Al mismo tiempo, su concepción de los procesos biológicos es algo heterodoxa, de modo que el resultado es una propuesta distante de las usuales dentro del naturalismo. Más allá de eso, el enactivismo conecta con otras líneas críticas de la concepción cognitivista ortodoxa de lo mental, en cuanto supone ver a la cognición en términos de capacidades de acción del agente en acoplamiento estructural con su entorno, asigna un papel central a los bucles de percepción-acción y piensa a los procesos cognitivos como esencialmente corporizados y valorativos. Se trata, además, de

una de las opciones más decididamente anti-computacionalistas ya que lo usual es considerar que una perspectiva enactiva involucra abandonar la apelación a representaciones mentales. Adicionalmente, su ontología es usualmente discutida en términos de sistemas y procesos que parecen difícilmente reconciliables con el análisis estándar en términos de objetos y propiedades, especialmente cuando la visión procesual es aplicada a la individuación de los propios agentes cognitivos.

En la literatura hay al menos dos sentidos relacionados en que el término ‘enactivo’ y sus derivados son usados con frecuencia (Torrance, 2006; la misma distinción hace Noë, 2001: nota 9). Por un lado, se llama de ese modo a un conjunto de enfoques o teorías en el estudio de la percepción, que parten de una concepción de lo perceptivo como esencialmente imbricado con la acción corporizada. Como ejemplo de una teoría enactiva en este primer sentido podemos citar la teoría de las contingencias sensoriomotoras de Alva Noë (2004, 2009). En un segundo sentido, más amplio que el anterior, el enactivismo es una teoría o un proyecto de investigación acerca de lo mental que parte de la visión de los agentes cognitivos desde el punto de vista de su *autonomía* y asigna un papel central a la hipótesis de la *continuidad mente-vida* (Thompson, 2004, 2007; Varela, 1997). Naturalmente, los dos sentidos de ‘enactivo’ no se hallan desconectados, aunque no parecen equivalentes. En ambos sentidos del término, el trabajo fundacional para este enfoque se halla en *The Embodied Mind*, de Varela, Thompson y Rosch (1991).

El corazón de la visión enactivista está dado por un intento de pensar a los procesos cognitivos como emergentes de la actividad de los organismos biológicos en sus intercambios con el entorno. Y en la caracterización de los organismos biológicos que el enfoque supone, el rasgo central que caracteriza a estos es su *autonomía*. Esto implica en primer lugar –en consonancia con un sentido estándar del término– que el organismo ‘se da su propia ley’, en cuanto la actividad propia de un organismo vivo depende en un sentido fundamental de la dinámica de los propios procesos que lo constituyen (Varela, 1991; Weber y Varela, 2002). Desde ya, en otro sentido, todo organismo/sistema vivo depende

de modo no menos crucial de su relación con el entorno y de sus intercambios con él (en particular, de sus intercambios materiales y energéticos), pero su autonomía radica en que el impacto que tienen sobre el sistema tales intercambios no está determinado directamente por los estímulos externos sino que depende de sus propios procesos. Según la formulación de Maturana y Varela, para un ser vivo las interacciones con el medio son fuente de “perturbaciones” pero no de “instrucciones” (1987: 81 y ss.).

Luego, en un sentido todavía más básico que subyace a la noción anterior, la autonomía de los seres vivos se traduce en el modo en que estos constituyen su *identidad*. Y aquí un aspecto central del enfoque enactivo es que la visión de la identidad que adopta es esencialmente *dinámica y temporal*. Como resultado, la identidad de un organismo/sistema no es vista como una propiedad meramente dada sino como el resultado emergente de un proceso extendido en el tiempo. En particular, la identidad es pensada como constituida por una red dinámica de procesos, lo que hace de ella no sólo algo *logrado* activamente por el organismo sino que implica verla como un logro siempre precario, continuamente amenazado por la falla o la disrupción de los procesos que la mantienen. Esta noción implica entonces un segundo aspecto de la noción de autonomía, en cuanto la identidad es dada por la propia actividad del organismo que se auto-constituye dinámicamente a sí mismo (Di Paolo, Rohde y De Jaegher, 2010). Luego, como antes señalamos, la autonomía de los seres vivos no debe entenderse como una carencia de restricciones sino como subrayando la capacidad del organismo para regular las condiciones de su acoplamiento necesario con el entorno. De este modo, la relación de un ser vivo con su entorno resulta ser una de “libertad con necesidad” (Jonas, 1966).

A partir de esta concepción de la autonomía y la identidad, el enactivismo presenta una concepción de la actividad cognitiva como actividad de *construcción de sentido* (*sense-making*; Varela, 1997). En el sentido básico en que este concepto es desarrollado por el enactivismo, las actividades de construcción de sentido pueden ser pensadas como una característica básica de todos los seres vivos, y de hecho como un proceso inherente a la vida mis-

ma, de donde resulta la idea de una continuidad entre las categorías de ‘ser vivo’ y ‘ser cognitivo’ o ‘ser con mente’ (Thompson, 2004, 2007; Varela, 1997). El proceso mismo del sostenimiento de la vida es pensado, en estos términos, como ‘trayendo con su acción (*enact*) un mundo de sentido’. La actividad cognitiva consiste entonces primariamente en un modo de actuar sobre el entorno o acoplarse a él, y por tanto es vista desde el principio como una actividad necesariamente corporizada. De hecho, desde esta perspectiva, esto puede identificarse ya en el nivel más básico de la organización celular, donde estar vivo equivale a verse involucrado en interacciones discriminativas con el entorno, mediadas por las formas de acoplamiento sensoriomotor propias de tal nivel de organización. Esto además supone que esas interacciones discriminativas están siempre atravesadas por una perspectiva valorativa, orientada teleológicamente (Colombetti, 2009; Di Paolo, 2005).

2. Un enfoque enactivo para la cognición social

Volviendo al plano de la cognición social, el punto de partida para De Jaegher y Di Paolo (2007) es una crítica a los supuestos propios de las opciones cognitivistas tradicionales, de modo consonante con otras críticas similares que encontramos en otros trabajos en tiempos recientes. Luego, en particular, su propuesta gira en torno a dos movidas centrales: en primer lugar, consideran a la interacción entre dos agentes como un nivel emergente de fenómenos y, en particular, como la formación transitoria de un *sistema autónomo*, al que se trasladarán muchos de los rasgos que poseen tales sistemas desde una perspectiva enactivista, junto a conceptos derivados de la teoría de sistemas dinámicos (ver Chemero, 2009). En segundo lugar, proponen una extensión del concepto básico de ‘construcción de sentido’ hacia el nivel de la interacción, incluyendo tanto los modos en que la interacción afecta los procesos de construcción de sentido de los agentes individuales como los modos en que los agentes en interacción deben acoplar y coordinar sus actividades de construcción de

sentido para sostener la interacción misma, de modo conjunto. Ese proceso es lo que denominan la ‘construcción participativa de sentido’.

2.1. La crítica a los enfoques cognitivistas y el foco en la dinámica de la interacción

Las propuestas teóricas basadas en diferentes versiones de la *teoría de la teoría* y la *teoría de la simulación* han recibido una serie de críticas a lo largo de los años que se han vuelto relativamente estandarizadas dentro de los enfoques que avanzan propuestas alternativas al cognitivismo clásico u ortodoxo. Algunas de esas críticas, además, se centran en aspectos de tales propuestas que no son más que trasposiciones al ámbito específico de la cognición social de principios teóricos y filosóficos más generales que subyacen al marco cognitivista como un todo. Así, por ejemplo, De Jaegher y Di Paolo (2007) critican a los enfoques tradicionales por pensar a los procesos que subyacen a nuestras habilidades de cognición social como procesos de resolución de problemas que no involucran de modo central o constitutivo a la dimensión corporal de nuestra relación con los demás. En ese mismo primer nivel general de problemas podemos ubicar igualmente a los problemas de ‘homuncularidad’ que resultan de explicar fenómenos de nivel personal, descriptos en términos intencionales, por medio de la apelación a mecanismos subpersonales de atribución que operarían, como muchas veces se supone, con términos y conceptos igualmente intencionales. Lo mismo sucede con los diferentes problemas sobre cómo entender los constreñimientos de relevancia pragmática para la aplicación computacional de reglas generales a contextos particulares (una variante de lo que los computacionalistas clásicos denominaron el ‘problema del marco’), que parece resurgir como un elemento especialmente incómodo para una propuesta basada en reglas como la *teoría de la teoría*.

Al margen de estos puntos generales, hay toda una serie de críticas que apunta a un conjunto de supuestos o tesis básicas interrelacionadas en torno a la forma en que los enfoques ortodoxos definen el propio objeto de estudio de la cognición social.

Muchos de esos puntos en discusión quedan abarcados bajo la etiqueta de “enfoques ‘Ventana indiscreta’ para pensar lo social” (De Jaegher y Di Paolo, 2007: 489), en alusión a la película clásica de Hitchcock en que un fotógrafo, confinado al aburrimiento y la soledad de su propio departamento a causa de una lesión que le impide caminar, se dedica a observar conductas sospechosas de los habitantes de un departamento vecino y a elaborar sofisticadas conjeturas sobre la naturaleza de sus actos e intenciones.

Bajo un modelo de tal tipo, en primer lugar, la cognición social es presentada como un ámbito más de resolución de problemas, que sólo contaría como ‘social’ en la medida en que el tópico sobre el cual se aplican las habilidades interpretativas y de resolución de problemas es definido como el desciframiento de las intenciones de otras personas. Más allá de eso, sin embargo, éste no es pensado como un ámbito inherentemente social, sino básicamente como una tarea más de extracción de información e interpretación de sucesos del entorno. Luego, de modo más problemático, los enfoques ortodoxos parten del supuesto crucial de que entre los agentes hay una “desconexión total” (Di Paolo, Rohde y De Jaegher, 2010), en cuanto se piensa a las mentes de los demás como fundamentalmente *opacas*. Para De Jaegher y Di Paolo la apelación a las habilidades de ‘lectura de mente’ puede ser necesaria para dar cuenta de algunos fenómenos, pero no puede ser considerada como el foco central del fenómeno a explicar, que debe ser entendido en cambio en términos fundamentalmente interactivos. Este punto se complementa luego con la hipótesis adicional de que las propias habilidades de ‘lectura de mente’ que ponemos en práctica en los aspectos no-interactivos de la cognición social pueden depender ellas mismas de los factores interactivos como un antecedente necesario, al menos en un sentido ontogenético (De Jaegher y Di Paolo, 2013; De Jaegher, Di Paolo y Gallagher, 2010).

Como señalamos, toda esta línea de críticas a los enfoques ortodoxos implica una consecuencia epistemológicamente crucial, en cuanto supone un recorte diferente del objeto de estudio mismo de la cognición social. De este modo, el alcance de la cognición social es definido como incluyendo la habilidad para inten-

tar adivinar o entender lo que hace el otro, pero también para el fenómeno de entender *junto a* un otro, involucrando así también a las habilidades que nos permiten sostener las interacciones, formar relaciones, entendernos mutuamente y actuar en conjunto (De Jaegher, Di Paolo y Gallagher, 2010: 442). En un sentido más amplio aún, De Jaegher y Di Paolo proponen la etiqueta de “intersubjetividad corporizada” para aludir al campo de estudios interdisciplinarios que aborda “el actuar y percibir juntos, el involucramiento verbal y no-verbal, las experiencias de (des-) conexión, las relaciones dentro de un grupo, la construcción de significados conjunta, la intimidad, la confianza, el secreto, el conflicto, la negociación, las relaciones asimétricas, la mediación material de la interacción social, la acción colectiva, el involucramiento contextual con normas socio-culturales, etc.” (Di Paolo y De Jaegher, 2015: 1). De este modo, la adopción de esta perspectiva teórica supone ampliar considerablemente el horizonte de lo que se entiende normalmente por cognición social.

La referencia anterior a la prioridad de la interacción en el enfoque de Jaegher y Di Paolo merece ser subrayada con cuidado ya que es entendida en términos de una tesis particular, que tendrá consecuencias centrales para el marco enactivo. En efecto, muchos de los trabajos que parten de críticas similares a los enfoques ortodoxos adoptan luego una visión de la cognición social centrada en la dinámica propia de las interacciones de ‘segunda persona’, en contraposición con la tendencia de los enfoques ortodoxos a partir de una desconexión entre los agentes y una perspectiva donde la conducta del otro es objeto de interpretación desde un marco distanciado, desapegado. En este primer sentido el enfoque enactivo de Jaegher y Di Paolo parece seguir la misma línea que ya encontramos en otras propuestas de abordaje de la cognición social desde el punto de vista de una práctica interactiva, corporizada, donde el fenómeno central a considerar se da en el encuentro con el otro en una interacción cara a cara y cuerpo a cuerpo que debe entenderse de modo dinámico como una serie de acciones y reacciones bidireccionales (Gallagher 2001, 2004; Hutto, 2004; Ratcliffe, 2007; Thompson, 2001; Gomila, 2002; Scotto, 2002; Pérez, 2013; y los capítulos de Balmaceda y Pérez y

Gomila de esta compilación). Dentro de ese contexto, sin embargo, la propuesta de De Jaegher y Di Paolo supone un paso adicional y postula que el encuentro interactivo entre dos agentes puede dar lugar a un dominio de fenómenos nuevo, emergente, constituido por la dinámica de la interacción misma. Desde esta perspectiva, el reconocimiento frecuente dentro de la literatura del carácter crucial de la interacción para la cognición social resultaría sin embargo insuficiente si no va acompañado por un énfasis en el estudio de la *dinámica* misma de la interacción, como un dominio propio respecto de las acciones e intenciones que pueden atribuirse a los agentes participantes considerados individualmente. En otros términos, aun cuando muchos han planteado la necesidad de pensar al nivel interactivo como central, esto no ha ido de la mano con la adopción de una perspectiva acerca de la interacción como un *sistema autónomo*.

Omitir este punto tendría como consecuencia el confinamiento de las explicaciones del fenómeno interactivo al ámbito de los mecanismos psicológicos individuales, propios de cada agente que interviene en el encuentro. Por el contrario, la consideración de la interacción como un dominio autónomo no sólo volvería disponible un nivel nuevo para la descripción del fenómeno a explicar sino que también habilitaría la apelación a elementos interactivos, trans-individuales, como factores genuinamente explicativos y no-reducibles a las acciones o intenciones atribuibles a los individuos participantes.

2.2. Coordinación, interacción e interacción social

La idea de poner un nuevo énfasis en la dinámica de la interacción entre los sujetos supone ya cambiar significativamente las coordenadas conceptuales con que se movieron los enfoques ortodoxos. Ahora bien, De Jaegher y Di Paolo proponen entender la interacción a través de categorías de la teoría de sistemas dinámicos, lo que da como resultado un punto de vista aún más alejado del tradicional (Di Paolo, Rohde y De Jaegher, 2010). Según este enfoque, para pensar la cognición social debemos en primer lugar visualizar que el fenómeno básico que estamos abordando involucra a dos sistemas –en el sentido más general

de la palabra– que establecen una interacción –en el sentido más general de la palabra. En ese sentido conceptualmente mínimo, no se trata de un asunto que involucre necesariamente a *personas* sino que puede ser descripto de modo abstracto como un patrón de interacción entre dos sistemas dados. El resultado, como dijimos, es un acercamiento a los problemas de la cognición social con un aspecto notablemente diferente del que ofrecen otros enfoques, al punto que a veces puede resultar difícil reconocer un terreno común.

Según De Jaegher y Di Paolo (2007), el nivel más básico en que puede relacionarse el comportamiento de dos sistemas dados es descripto como una *correlación*, que se da cuando se establece una similitud o coherencia entre el comportamiento de dos sistemas dados, más allá de lo que podría esperarse simplemente como resultado de la dinámica interna a cada sistema. Tal correlación puede darse de modo accidental o no-accidental. En este último caso, tendremos lo que se denomina una *coordinación* entre ambos sistemas, como resultado de uno o más factores conectores o comunes en el comportamiento de ambos. Tales factores pueden ser de diversa naturaleza. Si se trata, por ejemplo, de un evento externo a los dos sistemas que provoca en ambos una misma respuesta, se dirá que los sistemas en cuestión se hallan en ese caso externamente coordinados. De otro modo, si el comportamiento similar o coherente de ambos sistemas se da como resultado de una predisposición a comportarse de tal manera que ambos sistemas comparten –sea por compartir mecanismos internos similares o como resultado de una historia común–, se tratará de lo que se denomina una *pre-coordinación*.

Sin embargo, los casos más interesantes para pensar la cognición social parecen exceder lo que puede alcanzarse mediante alguna forma de pre-coordinación, aun si ésta también estuviera siempre presente, como sería esperable al aplicar estos conceptos de sistemas dinámicos a la coordinación entre individuos de la misma especie y enculturizados bajo las mismas o similares normas acerca de cómo responder durante encuentros con otro agente. Bajo este análisis, los agentes en interacción deben hallar formas de coordinar su comportamiento en vivo, durante

el encuentro mismo. Ese tipo de coordinación supone abrir el nivel emergente de la *interacción*. La característica distintiva de las coordinaciones interaccionales es que el proceso mismo de la interacción juega un papel en la generación, facilitación o sostenimiento de la dinámica de la coordinación; al mismo tiempo, en la otra dirección, la propia coordinación puede tener una función interaccional, aumentando las probabilidades de que la interacción tenga lugar o se sostenga en el tiempo.

Este tipo de retroalimentación entre coordinación e interacción sería, de acuerdo a este enfoque, el rasgo distintivo de las *interacciones sociales*. La coordinación misma, tal como se la definió antes, es un fenómeno ubicuo en todo tipo de sistemas físicos y biológicos. Y de modo acorde con la perspectiva de sistemas dinámicos, De Jaegher y Di Paolo proponen adoptar la hipótesis de que típicamente las coordinaciones entre dos sistemas se alcanzan por medio de mecanismos sencillos, aun cuando estamos hablando de la coordinación entre agentes cognitivamente sofisticados.

De ahí resulta una directriz metodológica crucial para los defensores de esta propuesta: explicar la coordinación observada entre dos sistemas no vuelve necesario postular un mecanismo (interno, individual) encargado de *mantener* la coordinación; por el contrario, es esperable que ésta emerja bajo ciertas condiciones si los sistemas poseen propiedades similares (De Jaegher y Di Paolo, 2007). Más allá de ese nivel básico, la interacción ‘social’ se presenta como un dominio diferente debido a que exhibe una característica no tan común en el dominio físico, dada por el hecho de que los patrones de coordinación pueden influir directamente sobre la disposición de los agentes involucrados a sostener o modificar su acoplamiento. Y la dinámica que se desarrolla en tal interacción entre dos (o más) agentes adquiere así, como antes señalamos, las notas de un sistema autónomo (aunque transitorio) y muestra una auto-organización que De Jaegher y Di Paolo proponen pensar, desde el marco enactivo, como un nuevo nivel de fenómenos en donde se exhibe la clausura operacional, definida en este caso por el modo en que se alimentan mutuamente coordinación e interacción: la coordina-

ción hace posible el desarrollo del acoplamiento y la dinámica de la interacción hace posible el sostenimiento de la coordinación, durante el tiempo que la interacción dure. Cuando se da esa dinámica, los agentes involucrados co-emergen como ‘interactores’ en la interacción misma. Adicionalmente, el que los ‘interactores’ mantengan su autonomía fundamental como agentes dentro del contexto de la interacción es presentado por De Jaegher y Di Paolo como una condición para que la interacción sea de tipo *social*. En el caso contrario, si la autonomía de uno de los individuos se viese eliminada o recortada (por ejemplo, a través de una forma de coerción física), el proceso se reduciría al involucramiento cognitivo de un agente con un dominio no-social, donde el otro individuo sólo figuraría como una herramienta o un elemento más del entorno.

De este modo, tenemos ya todos los elementos involucrados en la definición propuesta para el concepto central de *interacción social*:

La interacción social es el acoplamiento regulado entre al menos dos agentes autónomos, donde la regulación alcanza a aspectos del acoplamiento mismo, de modo que éste constituye una organización autónoma emergente en el dominio de la dinámica relacional, sin destruir con ello la autonomía de los agentes involucrados (aunque ésta pueda ver aumentado o disminuido su alcance) (De Jaegher y Di Paolo, 2007: 493).

De este modo, para que tengamos un caso de interacción social debemos contar con dos agentes autónomos (en el sentido enactivo) que puedan co-regular su acoplamiento y las condiciones de la coordinación de su conducta durante el transcurso de la interacción misma. El requisito de la autonomía implica en ese contexto que la regulación del acoplamiento esté en manos de ambos agentes, y excluye por tanto escenarios donde un sólo agente impone sus condiciones. En general, excluye de ese modo a todos los casos donde no hay mutualidad, como la mera observación de una escena social desde la distancia, o la mera presencia del otro (o la creencia en que el otro está presente) (De Jaegher, Di Paolo y Gallagher: 2010). Tales situaciones podrían

razonablemente definirse como “sociales” pero no caerían dentro del ámbito de la interacción.

Debe notarse que, en principio al menos, la definición tal como recién la citamos apunta a capturar la más amplia gama posible de casos de interacción y no está centrada en actuaciones cognitivamente sofisticadas. Así, uno de los ejemplos discutidos por De Jaegher y Di Paolo es el de dos personas que deben coordinar o co-regular su tono de voz o la distancia a la que están hablando para poder escucharse mejor en una conversación en un ambiente con mucho ruido (De Jaegher y Di Paolo, 2013). Otro de los ejemplos recurrentes con que se ilustra esta noción es el de un encuentro entre dos personas que transitan en direcciones opuestas por un pasillo estrecho. En tales circunstancias puede darse con facilidad una situación en la que ambas personas intenten apartarse de la trayectoria de la otra mediante movimientos en espejo en la misma dirección. Ese caso, de acuerdo al análisis propuesto, serviría como una ilustración interesante de la autonomía de la interacción porque mostraría cómo la dinámica de la coordinación puede resultar en el sostenimiento de la interacción precisamente a pesar de los esfuerzos de los individuos por romperla (a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, durante una pieza de baile compartida o una conversación en la que ambos individuos tienen, por el contrario, un interés en sostener la dinámica interaccional y alimentarla). En el encuentro trabado en el pasillo estrecho, en cambio, la coordinación no-intencional entre los movimientos en espejo de ambos agentes puede fácilmente resultar en un aumento de la probabilidad de que el movimiento siguiente de ambos sea igualmente en espejo, forzando a los individuos a mantener (transitoriamente) la dinámica de la interacción, a pesar de sus esfuerzos por salirse de ella. A su vez, en ese tipo de casos, la interacción misma promueve acciones individuales que tienden a mantener la coordinación simétrica.

Ejemplos como estos ilustran también una inclinación en el enfoque de De Jaegher y Di Paolo que los lleva a plantear modelos que partan de considerar la mínima expresión posible del fenómeno a analizar, para extraer de tales casos los principios teóricos fundamentales con los que se proponen luego abordar

los casos más complejos. Como ellos mismos lo formulan, su propuesta se basa en “enfocar los patrones comunes presentes en el más amplio rango posible de interacciones sociales” (2007: 486). De este modo, si bien la dinámica de la interacción ‘social’ supone un nivel diferente del de otros tipos de coordinación o interacción, el fenómeno de la interacción social en términos de la definición anterior no pone como condición que la interacción esté mediada por una comprensión de las acciones del otro, ni requiere que los agentes puedan dominar conceptos intencionales ni recursos lingüísticos, ni siquiera que se trate de individuos humanos ni de otros tipos de animales cognitivamente sofisticados. Desde ya, una conversación entre dos personas sobre algún evento significativo contará como una ‘interacción social’ bajo la definición propuesta, pero también lo será, por ejemplo, el intercambio de ladridos entre perros vecinos por la noche.

En consonancia con las ideas enactivas acerca de la continuidad entre los fenómenos básicos de la vida y los fenómenos más complejos del orden cognitivo o existencial, también en el abordaje de la cognición social encontramos aquí una apuesta fundamental para construir un modelo que comience desde abajo hacia arriba, identificando en el nivel más básico posible el origen de los rasgos centrales de los encuentros típicamente humanos, cargados de significados más profundos y atravesados por las contingencias de la normatividad lingüística y las idiosincrasias culturales. El rasgo clave que se hallaría ya en los casos más sencillos de coordinación interaccional como el de la co-regulación del tono de voz durante una conversación o el encuentro trabado en el pasillo estrecho es el de la autonomía, presente en el hecho de que tales interacciones dependen de las contribuciones individuales pero no están completamente determinadas por ellas, ya que dependen igualmente de la dinámica relacional entre los sujetos y de otros factores. Al mismo tiempo, y también en consonancia con las ideas enactivistas, el nivel interactivo no sólo emerge como un nivel autónomo a partir de las contribuciones individuales, sino que puede a su vez alterar y tener un efecto en la conducta de los individuos involucrados en la interacción. De ahí resulta también la importancia que tiene para la propues-

ta enactiva la discusión contra la suposición tácita, presente en otros enfoques, según la cual todas las explicaciones aceptables han de ser en términos de mecanismos individuales.

En ese contexto debemos entender también que los ejemplos de los casos más sencillos de coordinación interaccional sean de especial interés para el enfoque enactivo y que muchos de los estudios discutidos por De Jaegher y Di Paolo se basen en simulaciones computacionales que pretenden modelar los rasgos mínimos indispensables para la emergencia de la interacción social. Así, por ejemplo, Di Paolo (2000) propone estudiar la dinámica de la interacción entre dos células robóticas mínimas que se buscan una a otra mediante señales en un medio acústico. Otros estudios empíricos muy discutidos en la literatura, como el de Auvray, Lenay y Stewart (2009), trabajan con sujetos humanos pero con tareas de interacción que buscan imponer demandas cognitivas mínimas. Esos casos de interacciones mínimas serían relevantes como terreno fértil para explorar las complejas relaciones de causación en ambas direcciones que se dan, incluso en tales modelos mínimos, entre el nivel individual y el social.

La sugerencia es que muchas de las propiedades del nivel interaccional y, en particular, muchos de los modos en que puede alcanzarse la coordinación, podrían ser simplemente el resultado esperable de la interacción entre dos sistemas dinámicos, en lugar de ser el producto de algún mecanismo individual especializado en alcanzar la coordinación (Di Paolo, Rohde y De Jaegher, 2010). Esto supone no sólo la eficacia causal de variables transindividuales sino también que muchos de los factores individuales que contribuyen al patrón resultante de la interacción podrían ser explicados por “mecanismos subpersonales” sencillos, muy alejados de la “terminología de nivel intencional” que supusieron típicamente las explicaciones en psicología del sentido común (De Jaegher y Di Paolo, 2013).

Los estudios a través de simulaciones computacionales con agentes virtuales mínimos tienen, por otro lado, la limitación de excluir todo aspecto del encuentro entre los agentes que no sea capturable en el código en términos objetivos. Se reconoce que fenomenológicamente un rasgo de las interacciones en el

mundo humano está dado por un sentido de involucramiento que experimentan los agentes, y también por el hecho de que, en tales contextos, la dinámica de la interacción puede ‘tomar vida propia’ y puede que ninguno de los agentes participantes tenga la sensación de estar controlando el curso de los acontecimientos. Sin embargo, a pesar de la importancia que se atribuye en las presentaciones estándar del marco enactivo al análisis fenomenológico de la experiencia como un compromiso metodológico central y distintivo de tales enfoques, el concepto de interacción social de De Jaegher y Di Paolo está planteado a partir de una preferencia metodológica por “centrarse en los aspectos objetivos, ya que sólo entonces podemos explicar el vínculo entre los patrones interactivos y la experiencia de la interacción, en lugar de simplemente darlo por supuesto” (De Jaegher, Di Paolo y Gallagher, 2010: 442). La idea detrás de ello parece ser que, a partir del estudio de la interacción en términos puramente objetivos podrían reconstruirse, desde una perspectiva de ‘tercera persona’, los mismos elementos centrales que revelaría un análisis fenomenológico de la experiencia de la interacción (Froese y Di Paolo, 2009). Al margen de la suerte que tenga esa tesis adicional, el resultado del enfoque propuesto por De Jaegher y Di Paolo es presentar un análisis des-subjetivizado de la interacción social que no incluye siquiera el que los agentes en interacción se reconozcan unos a otros como agentes ni sean conscientes de la naturaleza social de su acoplamiento.

2.3. La construcción participativa de sentido

Al comienzo de nuestra presentación destacamos que la propuesta enactiva para la cognición social involucraba dos movidas conceptuales básicas: el reconocimiento de la centralidad de la interacción desde el punto de vista de los sistemas autónomos, y la extensión del concepto enactivista de ‘construcción de sentido’ (*sense-making*) al entorno de la interacción social. Ese segundo movimiento es el que De Jaegher y Di Paolo presentan bajo la etiqueta de ‘construcción participativa de sentido’ (*participatory sense-making*).

Según vimos en secciones anteriores, el marco enactivista supone ver siempre a los agentes vivos como involucrados en la

construcción de sentido, regulando su acoplamiento al entorno a través del ejercicio de sus capacidades sensoriomotoras. Eso, por lo demás, es algo que sucede siempre en un plano corporizado. Por lo tanto, en este sentido básico del término, toda coordinación y toda interacción ‘sociales’ involucran necesariamente a agentes que ya se hallan inmersos cada uno en sus propias actividades de ‘construcción de sentido’. Y como tales actividades son pensadas en este marco básicamente como procesos que involucran al cuerpo, todo proceso de coordinación de la conducta con otro agente está condenado, por definición, a tener algún grado de efecto sobre las actividades cognitivas (de ‘construcción de sentido’) que cada agente desarrolla. Con esto tenemos un primer sentido en que la coordinación interactiva puede tener un impacto cognitivo.

Sin embargo, lo que verdaderamente podría abrir otro nivel de fenómenos está dado por la posibilidad de que dos (o más) agentes coordinen no sólo su conducta descriptible en términos físicos sino también sus propias actividades cognitivas (de ‘construcción de sentido’). Esta posibilidad parece seguirse de modo más o menos directo a partir del marco de ideas que venimos considerando, en la medida en que las actividades de ‘construcción de sentido’ no se distinguen de forma tan clara de otros tipos de actividades sensoriomotoras que puedan atribuirse a cada agente. En la medida entonces en que los movimientos de dos agentes puedan ser coordinados entre ambos durante un encuentro, y en la medida en que sus actividades de construcción de sentido son pensadas como procesos corporizados, la propuesta resultante es que las actividades cognitivas de los agentes pueden ser ellas mismas objeto de coordinación y co-regulación durante la interacción. De allí resulta la definición de *‘construcción participativa de sentido’* que proponen De Jaegher y Di Paolo como “la coordinación de la actividad intencional en la interacción, a través de la cual los procesos individuales de ‘construcción de sentido’ (*sense-making*) se ven afectados y pueden generarse nuevos dominios de ‘construcción de sentido’ social que no están disponibles a cada individuo por sí mismo” (2007: 497).

Como sugiere la cita, la ‘construcción participativa de sentido’ viene en diferentes formatos, que De Jaegher y Di Paolo

pretenden ubicar como diferencias de grado en un eje continuo, que varía según el grado de participación involucrado. En el polo menos participativo, tendríamos los casos donde el ritmo y la dinámica de la coordinación afectan los procesos de construcción de sentido de los participantes del encuentro, aunque estos podrían sin embargo ser entendidos básicamente como procesos individuales. En el polo opuesto, de mayor participación, tendríamos a las actividades de construcción de sentido esencialmente interactivas y co-reguladas entre dos (o más) agentes. Como ilustración del primer tipo de casos, De Jaegher y Di Paolo discuten el modo en que la coordinación de los turnos de habla y las pausas en una conversación entre dos personas pueden modular de diferentes maneras el modo en que cada uno entiende lo que el otro pretende decir (2007: 498). Cerca de ese polo se ubicarían también los casos que discuten bajo el nombre de *‘orientación’*, donde la coordinación es puesta al servicio de la guía de uno de los agentes en un dominio cognitivo nuevo que ya era parte de las actividades de construcción de sentido del *‘orientador’*. En esos términos proponen analizar, por ejemplo, muchas interacciones tempranas entre niños y madres/cuidadores, donde el adulto propone como juego diferentes formas de coordinación regidas por algún patrón particular, orientando de ese modo al bebé al reconocimiento del patrón y a la respuesta ante él. En un sentido más amplio, se discuten bajo el modo de la *‘orientación’* a todas las interacciones en que una persona puede dirigir a otra a notar algún aspecto de una escena común, afectando de ese modo su actividad cognitiva a través de la interacción coordinada. Así podríamos pensar, por ejemplo, el señalar a otro un aspecto determinado de un cuadro que ambos estamos viendo o de un ambiente que compartimos. El señalamiento que da lugar a este tipo de *‘orientación’* puede tomar diferentes formas, desde las más explícitas en su objeto y alcance hasta formas más sutiles, como el caso de quien se para delante de una ventana a contemplar un paisaje y suspira sonoramente, sabiendo que la actitud adoptada y el suspiro emitido serán captados por la persona con la que se está interactuando (De Jaegher y Di Paolo, 2007: 499).

Avanzando hacia grados mayores de participación, los agentes pueden no sólo coordinar de diferentes modos sus actividades cognitivas individuales sino verse involucrados en una verdadera actividad conjunta de construcción de sentido. En los casos de mayor participación y mutualidad, pueden abrirse incluso posibilidades de construcción de sentido que no estén disponibles para los sujetos individualmente sino que sólo sucedan en el nivel de la dinámica colectiva. Podemos entender en estos términos un proceso de negociación entre varias partes, u otro de los ejemplos favoritos de De Jaegher y Di Paolo: una colaboración académica o científica entre pares. Allí tenemos una interacción que puede ir más allá de la orientación hacia una *co-regulación* de las actividades cognitivas de los agentes. Si pensamos, en particular, en colaboraciones interdisciplinarias –un caso especialmente significativo para las ciencias cognitivas– es fácil advertir cómo el resultado de la colaboración puede ser en parte regulado por los diferentes participantes sin que ninguno tenga realmente la potestad de controlar totalmente el resultado final, que sólo puede entenderse como producto de la dinámica colaborativa.

Hay algunos rasgos del modo enactivo de pensar la construcción de sentido que se trasladan a este análisis de las interacciones sociales que debemos destacar. Por un lado, De Jaegher y Di Paolo insisten en que, a pesar de la centralidad que tiene el concepto de ‘coordinación’ para su enfoque, eso no implica desde un punto de vista enactivo dejar de lado a las fallas en la coordinación (o a la dimensión del conflicto, en otros términos). Por el contrario, como antes vimos, el marco enactivo supone que la actividad destinada a regular el acoplamiento y mejorar sus condiciones es en un sentido *alimentada* precisamente por la fragilidad del proceso (de coordinación, en este caso). Eso sucedería en las formas más elementales de construcción de sentido a nivel celular, tanto como en las formas complejas de interacción entre agentes humanos. Los problemas que surjan en la dinámica de la coordinación son precisamente los que deben ser abordados por los participantes del encuentro ajustando sus procesos y respuestas a los del otro y, en ese sentido, co-regulando sus propios procesos de construcción de sentido con los del otro. Como re-

sultado, puede sostenerse que la comprensión social del otro no sería posible sin al menos un elemento mínimo de conflicto (De Jaegher y Di Paolo, 2013).

Otro aspecto importante de la propuesta de De Jaegher y Di Paolo es que deja espacio para la posibilidad de diferentes tipos de tensiones entre el nivel individual y el interactivo. Como vimos antes, la interacción es pensada en este enfoque desde la perspectiva de la autonomía, y en particular como un proceso que tiene lugar entre dos agentes que son, ellos mismos, autónomos. Esto no supone por sí mismo un problema para el marco emergentista del enactivismo, ya que los agentes autónomos mismos pueden ser analizados como colecciones de sistemas de diferentes tipos, de acuerdo a diferentes niveles de descripción orientados por diferentes objetivos pragmáticos. Así, por ejemplo, podemos pensar al sistema nervioso como un sistema autónomo e incluso, en el nivel más básico, a cada célula del cuerpo como un sistema autónomo si optamos por ese nivel de descripción. En la medida en que la tesis de la continuidad entre los procesos propios de la vida misma y el ámbito de lo mental es formulada en términos del concepto de ‘construcción de sentido’, puede hablarse de ese tipo de procesos en todos estos diversos niveles de análisis. Del mismo modo, la perspectiva de la autonomía de cada nivel implica una normatividad propia. La posibilidad abstracta de que las normas relevantes para la construcción de sentido de un nivel dado puedan entrar en conflicto con las de otro cobra un sentido más claro cuando consideramos la interacción entre el nivel individual y el nivel interactivo en un encuentro social. Esa tensión latente entre la lógica de la ‘construcción de sentido’ individual y la dinámica autónoma de la ‘construcción de sentido’ en conjunto surge así, de acuerdo a este análisis, como un rasgo ineliminable de los encuentros sociales (Cuffari, Di Paolo y De Jaegher, 2014).

3. Desafíos para la propuesta enactivista

Como ya señalamos, el enfoque propuesto por De Jaegher y Di Paolo para la cognición social resulta en un cuadro de situación

notablemente diferente del que encontramos en otras alternativas en la literatura. Una vez que la discusión ha llegado a este punto, quizás una reacción natural podría ser plantear que De Jaegher y Di Paolo han corrido poco a poco el asunto de discusión hasta el punto en que el tema que supuestamente debíamos discutir –la cognición social– ha desaparecido del horizonte. Se nos propone conceptualizar a las actividades que normalmente llamaríamos ‘cognitivas’ como procesos de ‘construcción de sentido’, y muchos de los casos de ‘construcción participativa de sentido’ discutidos parecen concernir a rasgos de las interacciones entre individuos que quizás podríamos capturar en términos de una variante de la idea de que estamos ante un proceso *extendido*, en el sentido en el cual se habla normalmente de la ‘extensión’ de la cognición. De Jaegher y Di Paolo por momentos parecen centrarse en casos en que la colaboración cognitiva entre dos sujetos da lugar a un proceso cuya dinámica no puede reducirse a las actividades de cada uno por separado. Ante ese análisis, una reacción posible podría ser pensar que se trata ante todo de una tesis acerca de procesos cognitivos que involucran la participación de más de un agente (de ahí la referencia anterior a la tesis de la extensión) pero que en el camino hemos olvidado que es difícil llegar a ver la conexión de *esa* discusión con la cognición social.

Esa podría ser una reacción enteramente natural para quien esté habituado a abordar estas discusiones en términos de ‘psicología del sentido común’, dada la transformación radical de los términos del debate que supone adoptar el punto de vista que proponen De Jaegher y Di Paolo. Uno puede criticar por más de un motivo al punto de vista que ellos proponen; sin embargo, también puede señalarse que si uno adopta su punto de vista para abordar la cognición social, entonces ese cambio resulta motivado. Desde ya que en un sentido De Jaegher y Di Paolo *están* hablando de otra cosa, pero poner el foco donde ellos lo ponen parece lógico si uno acepta la perspectiva desde la cual están formulando su propuesta. Incluso la acusación de haber desplazado el debate hacia un análisis de la coordinación de actividades cognitivas no-sociales resulta infundada si analizamos el asunto desde el punto de vista de De Jaegher y Di Paolo, ya

que –en términos de su planteo– no habría realmente una distinción tajante entre comprender al otro y comprender un asunto junto a otro. Estaríamos, en ambos casos, ante dimensiones de la ‘construcción participativa de sentido’, entendida como la coordinación interaccional de las actividades de ‘construcción de sentido’ de cada agente.

Para el enactivismo, en las diversas formas que puede adoptar la ‘construcción de sentido’ es siempre el acoplamiento activo con el entorno el que da lugar a la generación de formas de valoración, sentido o significado como un rasgo interno al proceso mismo de regulación del acoplamiento. En la propuesta de De Jaegher y Di Paolo, es ese mismo rasgo el que se extiende al ámbito de la comprensión del otro social. La comprensión del otro como agente no es pensada como un problema cognitivo más a solucionar ni, en particular, como algo independizable del proceso mismo de coordinación e interacción, sino que es en la regulación o co-regulación a lo largo de la interacción misma, en la búsqueda de mayor coordinación con el otro de los procesos de cada agente (búsqueda que es motorizada, como vimos, por las fallas o los conflictos que pueden surgir en el acoplamiento entre ambos), que el otro aparece para mis actividades de ‘construcción de sentido’ como un otro social. De este modo, el contraste parece máximo con los modelos cognitivistas centrados en la idea de atribución de estados intencionales a otros desde un punto de vista desapegado, con el fin de explicar o predecir su conducta. Desde este modelo, en cambio, el otro aparece para mí como un otro en la medida en que nos involucramos en un proceso de coordinación interaccional de nuestras actividades, y en particular cuando influimos mutuamente o co-regulamos nuestras actividades de ‘construcción de sentido’.

Un elemento potencialmente importante para el análisis de la interacción al que la propuesta enactiva presta escasa atención es el involucramiento emocional entre los participantes y el papel que éste tiene tanto en el sostenimiento de la interacción misma como en la generación de sentido o la actividad cognitiva misma. El resultado paradójico de esa directiva no es otro que el

dejar de lado el hecho mismo de que nuestras habilidades son las de animales corporizados. Puede señalarse a ese resultado como ‘paradójico’ porque la adopción de una perspectiva corporizada es precisamente una de las premisas fundamentales del enactivismo. Y otro tanto podría decirse acerca del reconocimiento teórico del papel de las emociones en la cognición. De hecho, según la posición oficialmente defendida por De Jaegher y Di Paolo, todo el proceso de la construcción participativa de sentido debería ser visto como emocionalmente cargado. Esto resultaría ya del concepto mismo de ‘construcción de sentido’ que se halla a la base de la tesis de la continuidad, ya que nos presentaría un acercamiento a la cognición que “no promueve una fisura entre lo cognitivo y lo afectivo” (De Jaegher y Di Paolo, 2007: 488). Tanto como eso es correcto, e importante, pero no parece ser suficiente. Es cierto que pensar a la cognición desde el concepto enactivista de ‘construcción de sentido’ implica pensarla en términos de habilidades constitutivamente corporizadas, que involucran siempre un acercamiento valorativo hacia el entorno; y podemos conceder en esa medida que no se trata de un enfoque que cree un *hiato* conceptual insalvable entre cognición y emoción. Sin embargo, ese punto conceptual general acerca de la idea de ‘construcción de sentido’ no alcanza por sí sólo para promover una visión del proceso de interacción social que incorpore en toda su dimensión al involucramiento emocional de los agentes. En otros términos, el modo en que De Jaegher y Di Paolo caracterizan el concepto de ‘construcción participativa de sentido’ alcanza a asegurar que no haya un hiato conceptual por principio entre ese tipo de actividad cognitiva y la dimensión emocional, pero es claro al mismo tiempo que mucho queda por decir acerca del papel del involucramiento emocional en la interacción social más allá de ese punto conceptual general.

Finalmente, otro conjunto de preocupaciones podría plantearse en relación con el compromiso de la propuesta enactiva con la tesis de la continuidad fundamental entre vida y cognición, dado que junto con ese compromiso se heredan también algunos de los problemas de esa posición. En particular, el enactivismo debe defenderse ante la acusación de vacuidad al extrapolar el vocabulario

intencional/cognitivo desde su entorno ordinario a los eslabones más básicos de los fenómenos biológicos o de los fenómenos interactivos, que en principio no parecen exigir un análisis en tales términos. La cuestión que se plantea entonces es dar cuenta de la pregunta: ¿cómo llegamos desde *aquí* hasta *allí*?

Parte al menos de lo que queremos entender se ubica específicamente en el nivel de las interacciones humanas, aunque probablemente incluya también más que ello. En este punto entra en juego una de las apuestas teóricas características de De Jaegher y Di Paolo, inspirada por las teorías de sistemas dinámicos: no toda forma de coordinación requiere ser explicada mediante mecanismos que supongan una demanda cognitiva fuerte por parte de los agentes. Como principio general, puede ser útil en muchos contextos apelar a mecanismos de coordinación más sencillos que se expresen en la acción de las personas y puedan resultar explicables en términos deflacionarios. Parece probable en tal sentido que muchas formas de coordinación del movimiento o del ritmo entre dos personas a lo largo de una interacción no requieran explicaciones en términos de mecanismos cognitivamente sofisticados. Es posible, por ejemplo, que la coordinación interaccional del movimiento en un encuentro entre dos personas en un pasillo estrecho no requiera de formas recargadas de ‘lectura de mente’ ni requieran amplios recursos conceptuales y la conciencia del otro como un agente cognitivo. Sin embargo, el fenómeno que queremos entender ha de poder incluir también, en otros niveles, aspectos de la interacción entre personas que sí requieren tales recursos cognitivamente más sofisticados y que sí implican, al menos en algunos casos, una conciencia del otro como un agente cognitivo o como una persona. Y el enfoque enactivo de De Jaegher y Di Paolo se halla bajo presión entonces para mostrar que es capaz de dar lugar a lo que podríamos llamar también, forzando apenas los términos, ‘*historias de continuidad*’ que muestren el camino común que une las manifestaciones mínimas del fenómeno interaccional en dos sistemas cualesquiera que se influyen mutuamente y las formas más sofisticadas cognitivamente (incluso, con frecuencia, conceptualmente) que pueden adoptar las interacciones humanas. Es clara la apuesta de De Jaegher y Di Paolo por identificar

los rasgos mínimos de la construcción participativa de sentido y la apuesta por estudiar sus propiedades dinámicas a través de sus expresiones más sencillas. Esto nos deja, sin embargo, ante un panorama incierto respecto de cómo podría extenderse el modelo aplicado primariamente a los casos ‘sencillos’ hasta poder dar cuenta de la gama completa de fenómenos que esperamos que la teoría pueda abarcar.

Es importante destacar, en este sentido, que otras propuestas críticas de los modelos cognitivistas ortodoxos proponen finalmente incorporar algunos elementos de TT y TS. Por ejemplo, la llamada ‘perspectiva de segunda persona’ (Gomila, 2002; Pérez, 2013; y el capítulo escrito por ambos en este mismo libro) afirma la necesidad de complementar las estrategias de atribución en primera y tercera persona con otros tipos de mecanismos que entrarían en juego en la interacción cuerpo a cuerpo en tiempo presente, pero no pretende con ello reducir todo el campo de la cognición social a lo que pueda explicarse en términos de ese tipo de mecanismos. Se plantea, en ocasiones, que los mecanismos de segunda persona pueden ser considerados primarios en el plano ontogenético (o incluso filogenético) pero se asume al mismo tiempo la necesidad de contar una historia respecto de cómo las perspectivas de primera y de tercera podrían ser derivadas del terreno inicialmente marcado por las interacciones de segunda persona. Ese mismo tipo de compromiso es el que puede serle exigido al enfoque enactivo de De Jaegher y Di Paolo. El problema que podemos anticipar, en el caso de este último, es que las ventajas –que antes señalamos– que derivan de tomar un punto de partida tan ‘atrasado’ en el orden de la complejidad, parecen volverse ahora inconvenientes para visualizar un camino que nos permita abarcar también a los casos cognitivamente más complejos.

Finalmente, si pensamos que no es posible ignorar el papel que desempeñan en estos asuntos los conceptos psicológicos que usamos, la estrategia explicativa adoptada por De Jaegher y Di Paolo también nos deja ante un camino difícil, en cuanto no contaríamos con muchas pistas acerca de cómo podría incluirse a las habilidades conceptuales dentro del cuadro propuesto los autores.

Bibliografía

- Auvrey, M., C. Lenay y J. Stewart (2009), "Perceptual interactions in a minimalist virtual environment", *New Ideas in Psychology*, 27(1), pp. 32-47.
- Balmaceda, T. (2014), *Psicología de sentido común. Pasado, presente y futuros*, Buenos Aires: Título.
- Balmaceda, T. y F. Burdman (en prensa), "Precisiones en torno al debate entre las posiciones tradicionales y los nuevos enfoques por la Psicología de Sentido Común", en prensa en: Skidelsky, L., D. Lawler y D. Pérez (eds.), *Temas de Filosofía de la Psicología*.
- Boden, M. (2000), "Autopoiesis and Life", *Cognitive Science Quarterly*, 1, pp. 117-145.
- Brunsteins, P. (2010), *La Psicología Folk: teorías, prácticas y perspectivas*, Ediciones del Signo.
- Burdman, F. (2015), "El postcognitivismo en cuestión: extensión, corporización y enactivismo", *Principia*, Vol. 19, Nº 3, pp. 475-495.
- Chemero, A. (2009), *Radical Embodied Cognitive Science*, Cambridge: MIT Press.
- Clark, A. y D. Chalmers (1998), "The Extended Mind", *Analysis*, 58, pp. 10-23.
- Colombetti, G. (2009), "Enaction, sense-making and emotion", en: Stewart, J., O. Gapenne y E. Di Paolo (eds.), *Enaction: towards a new paradigm for cognitive science*, Cambridge: The MIT Press.
- Cuffari, E., E. Di Paolo y J. De Jaegher (2014), "From participatory sense-making to language: there and back again", *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 14 (4), pp. 1089-1125.
- De Jaegher, H. y E. Di Paolo (2007), "Participatory Sense-Making: An Enactive Approach to Social Cognition", *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 6, pp. 485-507.
- . (2013), "Enactivism is not Interactionism", *Frontiers in Human Neuroscience*, 6, 345:1-2.
- De Jaegher, H., E. Di Paolo y S. Gallagher (2010), "Can social interaction constitute social cognition?", *Trends in Cognitive Sciences*, 14 (10), pp. 441-447.

- De Jaegher, H. y T. Froese (2009), "On the role of social interaction in individual agency", *Adaptive Behavior*, 17(5), pp. 444-460.
- Di Paolo, E. (2000), "Behavioral coordination, structural congruence and entrainment in acoustically coupled agents", *Adaptive Behavior*, 8, pp. 27 -47.
 —. (2005), "Autopoiesis, adaptivity, teleology, agency", *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 4, pp. 429-432.
- Di Paolo, E. y H. De Jaegher (2015), "Toward an embodied science of intersubjectivity: widening the scope of social understanding research", *Frontiers in Psychology*, 6: 234.
- Di Paolo, E., M. Rohde y H. De Jaegher (2010), "Horizons for the enactive mind: Values, social interaction, and play", en: Stewart, J., O. Gapenne y E. Di Paolo (eds.), *Enaction: Towards a New Paradigm for Cognitive Science*, Cambridge: MIT Press.
- Froese, T. y E. Di Paolo (2009), "Sociality and the life-mind continuity thesis", *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 8, pp. 439-463.
- Gallagher, S. (2001), "The practice of mind. Theory, simulation or primary interaction?", *Journal of Consciousness Studies*, 8 (5-7), pp. 83-108.
 —. (2004), "Understanding interpersonal problems in autism: Interaction theory as an alternative to theory of mind", *Philosophy, Psychiatry and Psychology*, 11 (3), pp. 199-217.
- Gomila, A. (2002), "La perspectiva de segunda persona de la atribución mental", *Azafea*, 4, pp. 123-138.
- Hutto, D. (2004), "The limits of spectatorial folk psychology", *Mind and Language*, 19, pp. 548-573.
- Jonas, H. (1966), *The phenomenon of life: Towards a philosophical biology*, Evanston: Northwestern University Press.
- Maturana, H. y F. Varela (1980), *Autopoiesis and Cognition: The realization of the living*, Dordrecht: Reidel Publishing.
 —. (1987), *El árbol del conocimiento*, trad. esp., Buenos Aires: Lumen, 1996.
- Noë, A. (2001), "Experience and the Active Mind", *Synthese*, 129, pp. 41-60.
 —. (2004), *Action in Perception*, Cambridge: MIT Press.
 —. (2009), *Out of Our Heads. Why You Are Not Your Brain and Other Lessons from the Biology of Consciousness*, New York: Hill and Wang.
- Pérez, D. (2013), *Sentir, desear, creer. Una aproximación filosófica a los conceptos psicológicos*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

- Ratcliffe, M. (2007), "From Folk Psychology to Commonsense", en: Hutto, D. y M. Ratcliffe (eds.), *Folk Psychology Re-Assessed*, pp. 223-243.
- Scotto, C. (2002), "Interacción y atribución mental: la perspectiva de segunda persona", *Análisis Filosófico*, XXII, pp. 135-151.
- Thompson, E. (2001), *Between ourselves: Second-person issues in the study of consciousness*, Exeter: Imprint Academic.
- (2004), "Life and Mind: From Autopoiesis to Neurophenomenology", *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 3, pp. 381-398.
- (2007) *Mind in Life. Biology, Phenomenology and the Sciences of Mind*, Cambridge: Harvard University Press.
- Thompson, E. y M. Stapleton (2009), "Making Sense of Sense-Making: Reflections on Enactive and Extended Mind Theories", *Topoi*, 28, pp. 23-30.
- Torrance, S. (2006), "In search of the enactive: Introduction to the special issue on enactive experience", *Phenomenology and Cognitive Sciences*, 4, pp. 357-368.
- Varela, F. (1991), "Organism: A meshwork of selfless selves", en: Tauber, A. (ed.), *Organism and the origins of self*, Netherlands: Kluwer Academic Publishers.
- (1997), "Patterns of life: Intertwining identity and cognition", *Brain and Cognition*, 34, pp. 72-87.
- Varela, F., E. Thompson y E. Rosch (1991), *The Embodied Mind. Cognitive Science and Human Experience*, Cambridge: MIT Press.
- Weber, A. y F. Varela (2002), "Life after Kant: Natural purposes and the autopoietic foundations of biological individuality", *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 1, pp. 97-125.